

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón**  
**Milán, 15 diciembre 2010**

*Texto de referencia: L. Giussani, ¿Se puede vivir así?, Ediciones Encuentro, Madrid 2008, pp. 281-296.*

*La Traccia*  
*Give Me Jesus*

Seguimos con nuestro trabajo sobre el texto: ¿Cuándo el sacrificio se vuelve interesante?

*Mi hijo, que estudia en un Liceo clásico. Ha estado todo este mes involucrado en las elecciones de los estudiantes, y ya desde el principio me sorprendió esta decisión impetuosa de presentarse como candidato porque, por temperamento, es una persona que tendencialmente no se expone. Por lo tanto, de alguna manera esto era un sacrificio que se le pedía. El día en que tenían que presentar la lista, decidieron con toda la comunidad hacer un gesto bonito, preparar un desayuno para todo el colegio. Pero en mitad de la fiesta apareció detrás de los chicos un cartel que decía: «El pueblo tiene hambre, CL responde: quedaos con vuestros bollos». En seguida se produjo un clima de queja, de ataques, diciéndoles que eran unos corruptos, que no querían sus bollos. Mi hijo volvió a casa, me cuenta lo que ha pasado y en el fondo le veo sereno. Esto despertó mi curiosidad, porque en realidad era un fracaso. Segundo día: tienen que afrontar la asamblea con todos los estudiantes, dos asambleas de cuatro horas cada una, y también allí me sorprendió que, a la hora de enfrentarse a la asamblea, les había sostenido la frase de los Laudes que había leído por la mañana: «Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo». Cuando me citó esta frase y me dijo que no había perdido los ánimos (porque toda la asamblea estaba en su contra), me di cuenta de que el sacrificio siempre lo he interpretado como el precio que tengo que pagar para después obtener algo a cambio. Sin embargo, mi hijo no lo había hecho en función del resultado, sino que ya lo tenía todo, antes de lanzarse en esta aventura. Tanto es así que no salió elegido, y la mañana siguiente fue al colegio y sus amigos le desafiaban otra vez diciendo: «Pero ahora, ¿qué te queda de todo lo que has hecho?». «Para empezar ha salido elegido un compañero mío y yo le ayudaré; y después haré lo que haya que hacer». También aquí me dije sorprendida: parece un fracaso, pero él está contento. La última cosa que cuento es ésta. Desde hace quince días veo que por las noches está leyendo el libro *Comunión y Liberación. Los orígenes (1954-1968)*. Entonces le dije: «¿Por qué estás leyendo este libro?», y él me respondió: «Porque, mamá, estoy escuchando muchas objeciones, necesito entender la historia a la que pertenezco». Esto me ha juzgado, porque yo hago exactamente lo contrario: hasta ahora me ha ido bien, he hecho sacrificios y me he hecho a la idea de que los resultados obtenidos dependen de Jesús, que reconoce los sacrificios que hago y que soy buena. ¿Y cuando las cosas fallan? Muchas veces siento amargura e incluso me enfado con quien no me lo reconoce. Esto que le ha sucedido a mi hijo, que incluso en el fracaso quiere descubrir el origen de su historia, es lo contrario de lo que me pasa a mí, que cuando tengo un problema, cuestiono también la experiencia en la que estoy, como diciendo: «Pero, ¿será verdad?».*

Éste es un ejemplo de cómo luchar contra la mentira. No quedarse en la superficie de las cosas hace que las cosas que se hacen se vuelvan interesantes, hasta el punto de

involucrarse en la realidad de un modo que asombra incluso a su madre y a sus amigos. Tu hijo ve, puede tocar con las manos hasta qué punto vivir la realidad sin sucumbir a la mentira hace que la realidad sea diferente, interesante para el crecimiento de uno mismo. Tanto es así que de esta experiencia sale más a la luz uno mismo, y puede retomar la vida con un plus de humanidad, de experiencia humana y por lo tanto de conciencia, queriendo así entender mejor los orígenes de la historia.

*He visto a Manuela Camagni hacer sacrificios durante toda su vida. Cuando volví de la universidad de Bolonia a Cesena, Manuela llevaba un grupo un poco perdido de jóvenes trabajadores, gente que había terminado la ESO, un poco toscos, un grupo muy extraño que, con pasión, ella consiguió sacar adelante. En este grupo encontré luego a mi mujer, y Manuela fue testigo en mi boda. Y también ha sido para mí testigo de otras muchas cosas. Trabajaba en un colegio público y dejó un puesto fijo para ser la secretaria de un colegio dirigido por gente del movimiento. Además, había dado la disponibilidad para irse de misión porque su corazón amaba Brasil, pero la mandaron a Túnez, y con gran pasión y alegría aprendió francés y se fue para ser secretaria en una clínica, algo totalmente diferente. Después, todos sabemos a lo que ha estado llamada con el Papa. Quería leer una carta que Manuela nos mandó a los del Banco de Solidaridad de Cesena: «Queridos amigos, siento mucho no poder estar con vosotros con ocasión de la inauguración del Banco de Solidaridad, dedicado a Flora [su hermana]. He pensado participar con unas pocas líneas y, sobre todo, con la oración por cada uno de vosotros. Este evento tan conmovedor me ha hecho recordar una frase de santa Teresita del Niño Jesús que dice: «Cuando soy caritativa, es Jesús el que actúa en mí». Pensando en Flora y en su disponibilidad hacia la obra del Banco de todos estos años, encontraba esta frase de santa Teresita muy verdadera, porque si todo dependiese sólo de nosotros, antes o después nos cansaríamos, mientras que ella no se cansó nunca, ni siquiera en los momentos más difíciles y más dolorosos de su vida. El Banco estaba siempre presente en su corazón y en su mente, incluso cuando concretamente ya no podía hacer nada [tuvo una grave enfermedad durante años]. Con el tiempo veía crecer en Flora una apertura y una disponibilidad que no se debían sólo al hecho de preparar un paquete para una persona necesitada, sino que tendencialmente era el deseo de compartir la vida y por lo tanto una relación de amistad, una unión que iba más allá de la caja de comida y que ponía en juego todo su potencial humano. ¿De dónde venía esto sino de la apertura a Jesús, que actuaba en ella? Esta apertura ante la acción de Jesús, misteriosa pero real, la vi también en el modo con el que afrontó el sufrimiento, primero por su enfermedad, después por la muerte de Sergio [su marido] y al final por su propia muerte. Y creo que la experiencia del Banco no ha sido extraña a su posición humana. De este modo, os deseo a cada uno de vosotros, sobre todo a quien vive de cerca la experiencia del Banco de Solidaridad, que podáis actuar con la conciencia de santa Teresita, es decir, que podáis reconocer en nuestras obras a Jesús, que actúa en nosotros y también con el testimonio que Flora, concreta y discretamente, nos ha dejado». Mi primera reacción ante esto fue agradecer que exista el movimiento y que, por gracia, yo pertenezca a él. Antes de la pregunta que quería hacerte quiero citar también esta otra carta suya, muy corta: «Todo lo que sucede es verdaderamente la realidad del Misterio, que se hace presente y nos persuade cada vez más para que estemos en Su compañía, a través de la cual podemos comprender el gran designio de nuestro destino y del destino del mundo. No hay en el mundo razones más adecuadas para vivir, y esto abre una nueva perspectiva sobre lo que ya estoy viviendo, profundizando en todo; es más, sumergiendo nuestra humanidad en esta divinidad. Y entiendo que sumergirse es pertenecer, abandonarse a nuestro*

*carisma a través de nuestra vocación; de este modo, mi humanidad se introduce dentro de la humanidad del mismo Cristo». Quien estuvo en el funeral pudo percibir una gran unidad de la Iglesia cuando uno de sus hijos se sacrifica obediente hasta el final. Todos estábamos muy tristes, aunque agradecidos por esta persona que el Señor nos ha donado, no estábamos desesperados. Entonces, ésta es mi pregunta: al final de la ceremonia fuimos a saludarte, y yo quería entender por qué tenías una sonrisa tan radiante.*

Por la misma razón por la que el día antes de morir, como dije en la homilía, ella estaba radiante. Y, ¿quién hace que esté radiante? Sería inexplicable este estar radiante si no fuese por lo que has dicho ahora. El florecer de la persona hasta estar radiante, es tan evidente, tan claro que no está al alcance de la mano del hombre; nosotros hemos tocado con la mano Su victoria viéndola en ella. Yo, que veía esta alegría en ella cuando iba a verla, estaba absolutamente convencido de que Aquél que la había hecho estar radiante era Aquél que vencía incluso a la muerte. Por eso fue fácil hacer la homilía, porque si vivimos ódice san Pablo, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor. Para nosotros esto pueden ser palabras, pueden ser frases; pero cuando has visto a Cristo vencer en una persona, en su florecer, has visto en acto una Presencia tan potente que es imposible para el hombre. Esto es lo que te hace mirar a la muerte con esta Presencia en los ojos. Y no te la puedes quitar de encima ni siquiera mirando el ataúd. Por eso podía mirar el ataúd y estar también radiante, porque Él vence en la vida y en la muerte.

*Desde que la Escuela de comunidad nos reclama al valor del sacrificio, me levanto todas las mañanas haciendo memoria de Cristo y preguntándome por qué vale la pena levantarme. Me he dado cuenta de que, paradójicamente, esto me cuesta más que no levantarme y hacer todo sin pensar; me obliga a tenga presente toda mi necesidad, una necesidad que a veces querría no tener porque es incómoda para mí y para los que están conmigo. Después de un tiempo por fin he entendido por qué nos es más fácil apretar los dientes de forma moralista. Paradójicamente, hacer sacrificios sin pensar cuesta menos que aceptar hacerlos por Cristo, porque aceptar hacerlos por Cristo significa abandonarme a Él. Éste es el punto clave: el miedo a abandonarse al designio de Otro, porque aceptar que la vida es Suya significa desenmascarar la ilusión de llevar las riendas. Por lo tanto, entiendo que mi resistencia al sacrificio es una debilidad de la fe, como si no creyera que abandonándome y dejando que Él conduzca mi vida fuese mejor que cuando decido por mí misma y según mis imágenes (que son los estereotipos que dicta el mundo). Lo he entendido mejor leyendo este fragmento del Gius: «La libertad se encuentra precisamente en el juego del esfuerzo y de la mortificación. Tenemos miedo del esfuerzo. Todo el mundo es así; cuanto más miedo tenemos de este esfuerzo, de esta mortificación, tanto más perentorios somos, tanto más exigimos a los demás que observen nuestras palabras como si fuese un deber. La alternativa a este ímpetu de la libertad o esfuerzo de la mortificación es la imposición de un deber a nosotros mismos y a los demás, un esfuerzo artificial para superar el miedo». Te pido que me eches una mano para entender cómo puedo superar este miedo y esta resistencia, para que no sea un esfuerzo artificial y moralista sino un acto de abandono.*

Al final has dicho que deseas superar este miedo y esta resistencia, pero no con un esfuerzo artificial y moralista. ¿Qué significa eso? Que nosotros primero reducimos lo que somos, de forma que lo único que nos queda es el esfuerzo del deber. ¡Es evidente que uno se resiste, que tiene miedo de esto! El problema es que tú y yo somos mucho más que aquello a lo que nos reducimos; y si se entiende que el problema no es aquello

a lo que nos reducimos sino este deseo ilimitado que tenemos, esta desproporción, la pregunta se convierte entonces en cómo es posible vivir sin el reconocimiento de la presencia de Cristo. Si se entiende que sin Él todo se vuelve más pesado, se empieza a vislumbrar que la verdadera solución a esta tentación que tenemos de autonomía es abandonarse, comenzamos a entrever que abandonarnos es lo que más nos conviene: no hace falta un esfuerzo moral, sino dejarse abrazar por Otro. Y esto no es un problema de esfuerzo, sino de libertad, porque para dejarse abrazar no necesitamos una energía particular (que en cambio sí que sería necesaria para otro tipo de esfuerzo): simplemente hace falta ceder. La cuestión entonces es entender que esto nos conviene, que no sólo no es un sacrificio, sino que es mi verdad, más allá de lo que yo sea capaz de hacer.

*Tengo un hijo que nació de una relación extraconyugal pasada. El amor que me ha demostrado mi mujer durante todo el tiempo que he estado fuera de casa ha hecho que vuelva con ella, conmovido por la fe incondicional en Jesús que le ha sostenido. Sin embargo, no quiero separarme de mi hijo. Delante de esta situación en la que se me pide un sacrificio, no soy capaz, ni siquiera con la ayuda de los amigos.*

Y ¿por qué no? ¿Qué es lo que te hace descubrir esto?

*Que no lo consigo.*

Ni siquiera con los amigos. Aquí llegamos al punto verdadero de la compañía.

*Es como si me diese cuenta de que lo que se me pide es un martirio.*

El problema no es que se te pida un martirio, el problema es ser capaces de hacer un sacrificio. Y entonces, ¿de dónde viene la energía que nos permite hacerlo? Es aquí, amigos, donde tocamos con la mano nuestra incapacidad, lo que dice la Escuela de comunidad cuando habla de tristeza y de petición, de que tú no eres capaz de hacer lo que querrías hacer. Y esto introduce el grito.

Leemos juntos en la página 295: «A los pocos meses de empezar G.S. vino a mí un padre que tenía a su hija en el Instituto Virgilio, un señor muy distinguido, y en la misma puerta comenzó a sollozar diciendo: «Padre, ayúdeme, salve a mi hija, porque no puedo más; cuando mi hija me agarra la mano ó su hija tenía 17 años y estaba muriendo de cáncer ó y me dice: «Papá, ¿por qué no me curas?», se me rompe el corazón, porque no sólo no sé responder, sino que ya no quiero ni vivir». Le tuve que responder: «El Señor sabe por qué sucede esto. Es por un bien suyo y de su hija, es parte del designio de Dios». Decir esto le obligaba a aceptar, a afirmar la presencia de Otro más importante, más decisivo que el amor a su hija, que el deseo de salvarla, que su misma vida». Si dices que quieres a tu hijo, ¿cuál es el problema? Si querer no es sólo sentimentalismo, sino afirmar al otro para siempre, esto no lo puedes hacer con tus propias fuerzas. Y por eso la única posibilidad que tienes es afirmar el designio de Otro que hará que sea tuyo para siempre. Ahora te parecerán sólo palabras ó lo entiendo ó, pero no porque sean abstractas, sino porque nuestros pensamientos sobre la realidad son abstractos: reduces el amor por tu hijo a un sentimiento, y el sentimiento no es capaz de mantener con vida a tu hijo para siempre. Por eso si quieres amarle, si dices que lo amas, tienes que aceptar y reconocer a Otro, porque tú no puedes mantener ni por un instante la vida de tu hijo, imagínate para siempre. Y esto introduce un factor en la vida sin el cual no se sostiene nada, con respecto a ti, a tu mujer y a todo lo que quieres. Entonces, ¿qué es lo que resulta abstracto con respecto a lo concreto de la vida? ¡Nosotros somos abstractos porque vivimos en la mentira! Por eso, el sacrificio es luchar contra esta mentira. Querer a otra persona es recorrer este camino. Sin esto no lo consigues, es mentira que tú le quieras, porque querer al otro no es, como tantas veces pensamos, la recompensa inmediata de este querer, porque esto es sólo intentar poseerlo. Por eso el sacrificio es el punto donde confluyen tantas cosas. Volvemos a leer

en la página 281, porque nos introduce de verdad en el núcleo de la cuestión: «El sacrificio no es cesar en la voluntad de obtener algo, sino frenar la voluntad que no actúa conforme a la naturaleza de las cosas. Por eso todas las relaciones prematrimoniales son erróneas, todas, e imponen caminos torcidos que ya no se enderezan, porque afirman el egoísmo como criterio último ó ñlo que me apeteceö como criterio último de la relación ó, un egoísmo que ya no se redimirá». Ahora no me interesa lo específico de las relaciones prematrimoniales, me interesan las relaciones verdaderas. El problema es si querer al otro tiene la densidad que requiere querer al otro, quererle para siempre, querer la felicidad del otro. Dime si esto lo puedes hacer tú solo. Tienes que abrirte a Otro, que ahora puede pedirte un sacrificio. El ejemplo que me parece más impresionante, más sintético para explicar esto, es cuando tenéis en vuestras manos a vuestro hijo recién nacido; si pudieras mirar de verdad a tu hijo, este drama se multiplicaría hasta el infinito, porque cuando estás delante de este niño ó y le quieres en cuanto que eres consciente de que no eres capaz de darle la plenitud de lo que intuyes que será el deseo de felicidad ó, o te abres a Otro, o a este niño, aunque le acaricies constantemente, ¿no le quieres!

*Es justo esto lo que no consigo afrontar. Es como si se me quitase la posibilidad de este abrazoí*

Tú puedes hacerlo. El problema no es que lo puedas abrazar, sino que la herida de la que estamos hablando, no sólo no se cura abrazando, sino que además se multiplica. La cuestión es si tú, yo o cualquiera, cuando decimos que queremos a otra persona, estamos disponibles a esto o no. Ésta es la cuestión. Todo lo demás nos distrae del verdadero desafío. Luego, en este caso particular, puedes quedarte en esto y usarlo como excusa para no dar el siguiente paso. Todo lo demás te distrae del verdadero desafío; la verdadera cuestión es si tú quieres a ese niño, aunque haya venido al mundo en esta situación. Dime: ¿qué quiere decir vivir esta relación en la mentira y qué quiere decir vivirla en la verdad? Para vivirla en la verdad tienes que afirmar a Otro. Sin esto, no sé qué decir sobre tu amor por ese niño, porque no es verdadero.

*Hablando sobre la Escuela de comunidad del sacrificio con algunos chicos y algunos adultos, me ha llamado la atención una cosa: que nunca se habla de las páginas en las que Giussani dice que uno puede ofrecer un sacrificio para que sea útil a una mujer en Japón, etcétera. Cuando comenté la cuestión, si había adultos de una cierta edad, afrontaban el problema con tranquilidad: «Conocemos el catecismo, es la comunión de los santos». En cambio los jóvenes se rebelaban, me decían cosas como: «Esto no se entiende, por favor, pero si don Giussani dice que es así, seguramente será así». Ahora bien, en estos meses he tenido ocasión de asistir al funeral de Manuela y a otros funerales, y me ha llamado mucho la atención una cosa: el dolor que se genera cuando muere una persona querida desvela que la idea que tenemos de nosotros mismos como seres independientes que tienen una relación extrínseca no es verdad. En realidad estamos dentro de las personas a las que queremos, a las que estoy ligado por la historia de mi vida, están dentro de mí, y la muerte significa arrancarme algo, hasta el punto de que yo no puedo decir ñyoö sin estas relaciones. Digo esto para poner de manifiesto que las cosas no se entienden de forma abstracta. Este capítulo sobre el sacrificio no se entiende de forma abstracta, o se convierte en un catecismo o se acepta con los ojos cerrados aún sin entender nada. Pero si uno mira su experienciaí En el movimiento podemos hacer experiencia de qué significa ser una sola cosa; en cambio, nos quedamos en lo abstracto, y así no se entiende nada.*

Gracias.

*Aquí don Giussani dice: «El sacrificio es ir contra la mentira. Ir contra la mentira, hacer las cosas con verdad, de manera leal, sincera, justa: esto es el sacrificio». Me he dado cuenta de que en mí predomina la mentira. Hace algunos días pasó una cosa. Teníamos un paciente chino que no hablaba italiano, ni una palabra, y nos comunicábamos con él a través de su hija, que sí hablaba italiano. Un día la hija vino a verle al hospital y se desmayó, le dio una crisis con convulsiones, etcétera. Mi compañero y yo asistimos a esta chica y la llevamos en seguida a Urgencias. El padre contempló la escena horrorizado, se asustó y todos nosotros intentamos explicarle con gestos, pero no nos entendía. De pronto, me acordé de que una amiga mía que sabe chino estaba aquí en Italia, así que la llamé y le dije: «Mira, tenemos este problema», le pasé el teléfono a este señor y hablaron los dos durante un rato. Volvió a su habitación y antes de irme fui para despedirme. Al día siguiente, viene mi jefe y me dice: «Tengo que hablar contigo, tengo que preguntarte una cosa. Tienes que explicarme por qué te importa a ti este chino». Esta pregunta me removió por dentro, primero porque no sabía responder, y segundo porque le dije: «Mira, para mí el episodio de ayer se terminó ayer, volví a casa tranquila, pero tu pregunta me ha dejado hecha pedazos. Ahora no te sé responder, pero entiendo que tu pregunta es la única posibilidad para mí de no perderme lo que viví ayer». Mi sacrificio en ese momento fue responder a la pregunta hasta ir al fondo de mi actuación con relación a este hombre, porque yo me doy cuenta de que en el 99,9% de las veces, me muevo por mi naturaleza, por una instintividad; en cambio, cuando me encuentro delante de algo que entra en mi vida hasta el punto de quitarme la corteza, toda la cáscara, hasta llegar al significado, entiendo que es un sacrificio porque me saca completamente de mí misma, pero haciendo que descubra quién soy yo. Tanto es así que en estos días esta pregunta es el motor que me hace ir al trabajo, porque a mí me interesa responder a esta pregunta que está completamente abierta. Y me doy cuenta de que la respuesta no se da y ya está, sino que tener abierta la cuestión es la única posibilidad de dejar entrar en mi vida algo que no soy yo y que me hace ser yo misma (es decir, que hace que descubra algo más de mí). Yo necesito ir al fondo de las cosas, decir la verdad de las cosas, hasta el punto de que ese episodio se ha convertido en parte de mí.*

Esto me parece importante entenderlo, porque una persona que te hace una pregunta que no preveías hace que salte ó como decías tú ó toda tu naturaleza, y desenmascara la mentira con la que vivimos, hace que entendamos que sin este sacrificio nos quedamos siempre en la superficie de las cosas, es decir, en la mentira. Por eso, si no entendemos que sin el sacrificio nos perdemos lo mejor, ¿quién nos obliga a hacerlo? Porque decir que nos quedamos en la naturaleza, es decir, en la superficie, en la mentira, significa que no llegamos hasta la verdad, hasta aquello en lo que podemos encontrar una correspondencia verdadera. Y por eso me pregunto: en las relaciones que tenéis o que vemos a nuestro alrededor, ¿cuántas personas viven realmente según la verdad de la relación? Y cuando digo òverdadõ me estoy refiriendo a toda la intensidad, toda la capacidad de plenitud, toda la posibilidad de llenar el yo, que de otro modo sólo podemos soñar. La mayoría de las veces vivimos la realidad en la superficie. Por eso no nos sorprendemos, las cosas no nos dicen nada, las situaciones no son interesantes, la mayoría de las cosas no tienen ningún interés ó no sé qué otra palabra usar ó, no tienen ningún atractivo. ¿Por qué? ¿Por qué no lo tienen, o por qué nos quedamos siempre en la superficie por miedo al sacrificio? Sin entender el nexo entre el sacrificio y la plenitud (y por lo tanto, con el riesgo de quedarnos en la apariencia y en la mentira, por el pecado original y por la incapacidad que tenemos de vivir según la verdad) nos perdemos lo mejor; y cuando por gracia somos rescatados de esto y llevados a entrar en la intimidad de las cosas o de las relaciones, nos damos cuenta de que había mucho más

de lo que sólo intuíamos. Sin esto, salimos de la Escuela de comunidad sin haber cambiado una coma de lo que pensamos sobre el sacrificio. Vamos a casa pensando que en el fondo es un engaño, el precio que hay que pagar, y no la posibilidad de empezar a amar de verdad, es decir, de afirmar al otro por lo que es, de afirmar la verdad de lo que existe. Esto es lo que hace que crezca la vida y las relaciones, y las llena de una intensidad que la mayoría de los hombres no sabe ni siquiera que existe. Sin este crecimiento, la vida va perdiendo poco a poco interés, porque cuanto menos ahondamos en las cosas, menos posibilidades tenemos de ver la victoria de Cristo, que trae esta intensidad asombrosa. Esto no se vuelve nuestro ó como decían en las dos últimas intervenciones ó dando una explicación; lo que estoy intentando es provocaros para animarnos a hacer experiencia, porque sólo cuando hacemos experiencia podemos estar de verdad convencidos de que nos conviene. Si haber leído este capítulo no ha sido la ocasión para hacer experiencia de esto, salimos igual que hemos entrado. Yo me pregunto: al final del recorrido que hemos hecho durante estos meses, ¿qué ha cambiado, qué novedad hemos aprendido con respecto al sacrificio? Porque si no cambia nada, si no crece nuestra experiencia, nuestra vida, pasamos la página y volvemos a estar como al principio. Así no vale la pena hacer Escuela de comunidad ni trabajar el capítulo del sacrificio, porque nos limitamos a leer y hacer comentarios sobre el texto. Desde el punto de vista del método es fundamental entender esto, porque estas cuestiones, como nos dice siempre don Giussani, se entienden sólo en la experiencia, y como no son cosas que podamos entender de forma instintiva ó porque son repugnantes, no es que algo repugnante se vuelva atractivo de repente ó, sólo si uno ha podido disfrutar la verdad yendo hasta el fondo se vuelve libre. Ésta es la posibilidad que existe para cada uno de nosotros. Por poner un ejemplo de qué quiere decir abandonarse, os leo un correo que me ha enviado una universitaria que acaba de volver de los Ejercicios del CLU: «Lo único que me sale decirte es: ¿Pero ¿quién eres Tú, oh Cristo, que cuando sucedes como el hecho más deseable despiertas toda la agitación en el corazón de desearte con más ardor, con más fuerza y con más potencia?» [cuando decimos Jesús no estamos hablando de reglas o instrucciones, sino que estamos hablando de esto]. Fui a los ejercicios porque quería conocer más a Aquél que me está invadiendo como una ola y está dejando que le conozca cada vez más. Cuando volví, estaba más inquieta que antes; Él no me basta nunca, porque cuando sucede, despierta de nuevo el deseo de Su presencia con una potencia realmente incomparable. Nunca me había pasado con nada; repito, nunca nada en toda mi vida ha conseguido abrazarme y al mismo tiempo hacer crecer mi deseo como lo ha hecho Cristo, como decías tú: Zaqueo, la Samaritana, la pecadora, Juan y Andrés estaban allí, cada uno con su necesidad, y cuando se dejaron abrazar por Cristo su vida empezó a despertar. Estos días, durante los Ejercicios, me han conmovido de verdad Sus rasgos, y por la noche me iba a dormir llena de Su belleza y Su esplendor, como Juan y Andrés, y el corazón me ardía y me arde en Su presencia. Lo espero desde el segundo en el que abro los ojos, necesito Su ternura, Su preferencia hacia mí y Sus maravillas. Pero más impresionante aún es que en todo este movimiento del corazón estoy contenta. ¿Te tengo dibujada en la palma de Mi mano? no es una espera desesperada, ni una inquietud que es un fin en sí misma, sino que es sed de Cristo, porque Él es lo más correspondiente que ha encontrado mi corazón hasta ahora, en este momento que te estoy escribiendo. No es normal una correspondencia como ésta; ni siquiera el hombre más guapo del mundo es capaz de despertar en mí este deseo. Lo que me ha impresionado de los Ejercicios fue cuando dijiste: ¿Quería llenar nuestra vida con un don, y por eso nos ha hecho con esta desproporción estructural que Él mismo quería llenar con algo infinito como un regalo. Por eso nos ha dado esta apertura, para que pudiésemos acogerle fácilmente. Nunca había querido tanto a mi corazón

como lo he hecho estos días, estos meses, porque si antes me parecía una cosa repugnante sentir mi corazón gritar de esta manera, y pensaba que era algo que tenía que eliminar porque nunca me dejaba tranquila, ahora me doy cuenta de que miro con ternura este grito porque la relación con Él presente es el hecho más correspondiente que he encontrado nunca, y me impresiona darme cuenta de que Su fuerza está cambiando mi corazón. Por eso hago lo que tengo que hacer, amo la realidad que tengo delante, el estudio, mis amigos, mi familia, mi vida entera, porque es la posibilidad de darme cuenta de cómo Él me prefiere, porque Su presencia me llena de silencio». Ésta es la intensidad con la que puede vivir una persona de veintidós años sólo por el hecho de hacer el sacrificio más grande: reconocer una Presencia.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 12 de enero a las 21:30. Seguimos con el trabajo hasta el último capítulo sobre la Virginidad, es decir, hasta el final del libro.

Como ya habéis visto, hemos publicado un Manifiesto como ayuda para no quedarnos en la superficie, en la mentira; para ayudarnos a ir hasta el fondo de la confusión en la que nos encontramos. Todos vemos la situación confusa en la que vivimos, en la que nuestro país está inmerso, y delante de este desconcierto, cada uno de los que estamos aquí y cada uno de los que me estáis escuchando, tiene una idea de cómo salir de esta situación. El movimiento desafía cada una de estas interpretaciones, diciendo que el origen de esta confusión es la reducción del deseo que, como dice don Giussani, es el origen de la confusión en los jóvenes y del cinismo en los adultos. Por eso la cuestión es cómo se despierta este deseo. ¿Qué es lo que hace que la vida despierte? Cada uno puede ver qué consigue despertar con todos los intentos que hace, y cómo solamente el sacrificio más grande, que es aceptar a Otro, puede ser de verdad una contribución para nosotros y para los demás. Esto nos sirve en primer lugar a nosotros, como ya hemos visto, porque sólo si nosotros vemos la pertinencia del juicio que se nos propone, podemos usarlo y difundirlo. Veremos qué significa para nosotros en la forma que tengamos de usarlo: si es útil para la experiencia que hace cada uno, podrá decidir ofrecerlo a los demás como una ayuda para vivir la situación de confusión que nos atañe a todos.

El 26 enero de 2011 empezaremos *El sentido religioso* de don Giussani con una presentación mía del libro como introducción al trabajo que haremos durante el año que viene.

Como ya tuve ocasión de mencionar en la Jornada de Apertura de curso, volveremos a leer *El sentido religioso* desde el interior de la fe, es decir, como verificación de la fe. Hemos leído muchas veces el recorrido que nos preparaba para reconocer a Cristo. Volver a leerlo desde el interior de la fe significa que la forma en la que vivamos el sentido religioso será la prueba del recorrido que hemos hecho sobre *¿Se puede vivir así?*, sobre la fe. Porque, como nos ha dicho siempre don Giussani, y como hemos vivido por experiencia, el encuentro tiene la capacidad de despertar el òyoö, es decir, de despertar todo lo humano, todo el sentido religioso, y por lo tanto de despertar el deseo, la razón, la libertad, toda la capacidad humana. De este modo, podremos verificar si la fe es algo real para nosotros, si la presencia de Cristo es algo contemporáneo en nuestra forma de vivir, de usar la razón, la libertad, el afecto, todo, la relación con la realidad, la realidad como signo, todo. Por eso hemos decidido utilizar uno de los días previstos para seguir la Escuela de comunidad en conexión, pero con esta modalidad de presentación hecha por mí.

Puede ser también una ocasión para hacer un acto público al que invitar a la gente. Lo digo con antelación porque, sabiendo ya los espacios en los que se llevan a cabo las conexiones, tenéis la posibilidad y el tiempo de verificar si es oportuno buscar, para esta ocasión, un sitio más adecuado (obviamente, en caso de que fuera necesario).

Las personas que deseen participar de los próximos Ejercicios de la Fraternidad y no se hayan inscrito todavía, tienen que hacerlo antes del próximo 20 de enero de 2011.

En estos Ejercicios sólo podrá participar la gente inscrita a la Fraternidad.

Como tuve ocasión de recordar durante los Ejercicios del año pasado, ¡la Fraternidad es una!

Es una amistad grande que siente como tarea suya reclamar al otro a la Presencia de Cristo, a la memoria de Cristo presente. Como hemos visto, cuando la vida aprieta, si no estamos juntos para esto, no nos basta. Por lo tanto, la inscripción a la Fraternidad es la adhesión a esta amistad que tiene como objetivo vivir la memoria de Cristo.

No es sobre todo un problema del grupo de fraternidad. Participar de este gesto es un modo decisivo de participar de la Fraternidad.

Como últimamente oigo hablar de muchas iniciativas para recaudar dinero para esto o para lo otro, os reclamo otra vez al Fondo Común de la Fraternidad, que es el origen educativo de todo.

¿Por qué damos ahora este aviso? Podríamos decir lo mismo que dije sobre el Papa: vamos a Roma porque tenemos necesidad del Papa; lo mismo vale para el fondo común: es necesario que exista el Fondo Común para ser educados en la caridad. Al igual que la idea de ir a encontrarnos con el Papa permanece como un icono para la historia, quería que todos entendiésemos que necesitamos el fondo común como gesto de caridad.

Esto no entra en contradicción con sostener a las personas que conocemos. Pero (subrayo esto) si al dar no somos educados en el fondo común, si hacer un gesto de caridad no es para una responsabilidad más grande con el fondo común ó que es el gesto que nos educa en esto ó, antes o después la raíz de nuestra caridad se secará, porque le falta el origen del que surge todo, que no es otra cosa que el carisma.

Por eso, también aquellos que recogen dinero para personas y obras deberían tener esta preocupación: que sea para educarnos en el fondo común. ¿Por qué muchos de vosotros sois tan generosos? Por esta educación al fondo común. ¿Por qué han nacido tantos gestos de caridad? Por la caritativa. Por esta educación. Si se olvida el origen, será el fin de todo. Sin esto todo se acaba.

En los últimos Ejercicios de la Fraternidad profundicé más en este aspecto del fondo común. ¿Qué novedad ha introducido, qué preguntas ha abierto, qué cambio ha obrado en nosotros? Para quien no lo tenga en mente, os invito a volver a leerlo en el cuadernillo (en las páginas 67 y 68).

Rezamos.

*Veni Sancte Spiritus, Veni per Mariam.*

¡Feliz Navidad a todos!